

56

PROCLAMA DEL ARZOBISPO DE LIMA, BARTOLOME MARIA
DE LAS HERAS, A LOS HABITANTES DEL CUSCO

Nos el Dr. D. Bartolomé María de las Heras, por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de Lima, Caballero Gran Cruz de la Distinguida Orden de Carlos III, del Consejo de S.M. su Capellán por Honor & A Nuestros Muy Amados Hijos en el Señor los que Componen la Capital y Diócesis del Cusco.

Mis queridos hijos en el Señor, si aún son accesibles vuestros oídos a los amorosos ecos de vuestro antiguo Pastor. Si aún prestais a sus tiernas voces esa religiosa docilidad con que las mansas ovejas se dejan siempre conducir al pasto saludable, y que casi en todos los pueblos de esa vasta diócesis cautivó tantas veces mi corazón, cuantas tuve la dicha de dirigirles mis consuelos; escuchad hoy, os ruego, los caritativos esfuerzos de mi lánguida voz, único desahogo de este pecho oprimido con las infaustas noticias de vuestras desgracias y peligros.

Los espantosos aullidos del lobo infernal parece han resonado ya en el seno tranquilo de ese apacible rebaño; y por el órgano funesto de los novadores políticos intenta descarriarlo. El doloroso y siempre abominable trastorno del sistema civil, a que únicamente afectan dirigir sus empresas los genios sediciosos, es en todas ocasiones semillero de horrores y desastres que detesta la sana moral. Pero cuando a la vuelta de esos planes especiosos vemos romperse sin conmiseración los dulces vínculos de la caridad evangélica. Clavar con furor inhumano del puñal en el inocente pecho del hermano, del pariente, del amigo. Hollar descaradamente la honestidad, profanar el templo, insultar sus ministros, y cebar del modo más impío la vil codicia aun en las propiedades sagradas ¡ay mi amada grey! ¿cómo es posible que enmudezcan vuestros amorosos pastores, y vean con la más fría indiferencia a los malvados robaros con necias ilusiones el precioso tesoro de todas las virtudes y convertir vuestra religiosa sencillez en instrumento sacrílego de sus viles pasiones? Tended

la vista por las provincias vecinas; y después de tan costosos sacrificios por sus imaginadas mejoras, preguntad: ¿Cuáles han sido los frutos de su obstinada resistencia? Triunfos efímeros, promesas ilusorias, esperanzas vanas. Sólo hallareis de cierto en todas partes inmoralidad, disolución, desórdenes. Estos son pues los preciosos bienes que hoy va a producir si es que por desgracia no los ha producido ya, ese miserable puñado de tumultuarios. No; vuestro antiguo Pastor, cuyos vínculos públicos en aquella iglesia rompió su nueva contracción con esta sagrada esposa; pero cuya caridad y ternura hacia vosotros, ninguna edad, ni la mayor distancia podrán relajar. Vuestro Pastor, digo, que se gloria de haber conocido sus apacibles ovejas, en cada uno de sus pueblos, no ha sospechado jamás que olvidada a su sana doctrina, os hayais precipitado gustosos al venenoso pasto de este nuevo sistema. Pero sí recela que sorprendida vuestra sinceridad por los ilusos, y asociándoos incautamente a sus manadas, teniéndolas por de corderos inocentes, descubrais ya tarde su carácter de lobos; y os hagais, cuando no haya remedio, tristes víctimas de su rapacidad. No permita el Dios de las misericordias tan desastroso acontecimiento, que amargando mis últimos días, me haría descender al sepulcro bañado de un llanto inconsolable. Mas si acaso por ejercicio de la fe, y purificación de sus escogidos, el cielo decretase tal desgracia, abjurad al momento, hijos queridos, vuestro engaño, y alejad de vosotros por medio de una conducta fiel, honrada e inocente aquel terrible azote anunciado, a los pueblos criminales por Jeremías, cuando el señor dijo por su boca, que hombres engañadores los dominarían. *Ilusores dominabuntur eis*. Y ¿cómo en el caso de esta retractación honrosa que cubriría de eterna gloria vuestro nombre, había de permitir el piadoso y esclarecido jefe protector de nuestra seguridad, que sus respetables armas, tan temidas hasta aquí por las facciones sediciosas, llevasen al seno de la ilustre y fiel capital de los Incas esos horrores militares, digno castigo de aquellos pueblos infames que sólo por un principio de injusticia se obstinan en el crimen? Estas, y no otras, creedme mis amados cusqueños, son las nobles y religiosas providencias de este sabio gobierno, cuya justa indignación, si es que lo viese empeñado en la venganza, me atrevería yo a desarmar, no lo dudeis, dirigiéndole mis eficaces ruegos envueltos en las lágrimas de mi paternal ternura hacia vosotros, a fin de mereceros su generosa clemencia, y con ella un olvido eterno de vuestros inculpables desvíos. Entre tanto, son vuestras presentes necesidades materia continua de mis ardientes votos para

alcanzar del soberano autor de todo bien el remedio más oportuno a tanto mal. Por este dulce lenguaje no podreis desconocer a vuestro amante Pastor. Sólo me resta conoceros a vosotros por el consolante testimonio de vuestra docilidad, sumisión y respeto. Dado en nuestro palacio arzobispal de Lima, en 26 de agosto de 1814. *Bartolomé, Arzobispo de Lima*".

En: Revista del Archivo Histórico del Cusco. N° 6. Cusco. 1955. pp. 291-293.

*

57

PROCLAMA DE LOS INSURGENTES DEL CUSCO

"Cusqueños: A vuestro valor se debe la libertad de vuestra Patria. Una general aclamación os da las gracias, llamandoos magníficos y dignos de las primeras glorias. Ya habeis acabado de derribar el despotismo de la España, aquel coloso, causa de nuestros infortunios y abatimientos por la eternidad de tantos años. Ya disteis en tierra con los perversos que sostenían las pesadas cadenas de dolores labrados desde el infeliz día de la usurpación, único título con que el español autorizaba la legitimidad de sus barbaridades. Ya consumásteis la incomparable obra de vuestra unión, ya no conoceis más señor y más dueño que vosotros mismos. Ya sois felices en una palabra eternamente.

Ahora pues no os alucineis; no hagais caso de los temores con que algunos fermentados procuran desalentaros; no os acorbarden las sugeriones que los desnaturalizados van urdiendo por envidia, y porque os quieren siempre esclavos. Velad sobre éstos, y arrancad sus cabezas dejando regadas sus barbas de sangre, siempre que insistan en perjudicar con los tiros de su maledicencia la seguridad perpetua de nuestra causa.

Valientes generales: Continuad con vuestra vigilancia y entusiasmo, y sin dejaros pervertir de las amenazas y sin preocuparos con el germen de la discordia. Todos sois unos e iguales y os reconocemos por nuestros libertadores. Congreso sabio que acabais de ser elegido y proclamado por un pueblo en los fervores de un arrebatado juicio, grande, extraordinario y aun divino; empezad